

DOS CUADROS DE JUAN DE PEÑASOLA

ANTONIO OJEDA CARMONA
ACADÉMICO NUMERARIO

De este pintor Juan de Peñalosa, que nació en Baena en 1579, se conocen muy pocas obras, las que hay en Córdoba en su Catedral, en el Museo de Bellas Artes y en la parroquia de San Andrés, porque la que posee el monasterio de San Jerónimo, si bien de su mano, es una copia de una Santa Cena de su maestro Pablo de Céspedes; Palomino hace referencia a unos cuadros de la vida de Cristo del convento de la Victoria y a una imagen de San Diego de Alcalá del convento de la Arruzafa y el académico Valverde Madrid le atribuye los cuadros de la capilla del cementerio de San Rafael. Tampoco se ha escrito de él lo suficiente para saber de su vida. Ante tan escasa materia para poder realizar un estudio más detallado de su trabajo, voy a referirme sólo a las dos obras que considero mejores y más importantes, que estimo son fundamentales para el conocimiento de su pintura: la "Asunción de la Virgen" que guarda el Museo y la "Santa Bárbara" de la Catedral. Llego a la conclusión de establecer esta preferencia en base a la clara diferencia de estilo que hay entre ellas, pues si en la primera existe un muy acusado manierismo heredado de Céspedes, que resume su quehacer en las demás obras, en la segunda, por el contrario, se aprecia ya una liberación de la manera, una elegancia en el dibujo y un tratamiento más suave de los paños y el color, que anuncian un profundo cambio en su forma de concebir la pintura, lástima que este sea uno de sus últimos cuadros y nos haya privado de seguir su evolución en éste nuevo camino.

El singular artista cordobés Pablo de Céspedes: pintor, escultor, arquitecto, poeta, hombre en fin educado en el humanismo renacentista sintiendo la llamada de Leonardo da Vinci, Miguel Ángel y Rafael, marchó a Italia para estudiarlos, hacia 1559; allí hizo amistad con otros pintores romanistas como Zuccaro y Arbasia, con los que colaboró en distintos trabajos en Roma, pero su llegada va a coincidir con el nacimiento del "Manierismo" y aun quizá sin quererlo, se ve atrapado por el nuevo estilo predominante, surgido como consecuencia del agotamiento de la inspiración clasicista. Este nuevo concepto del arte busca un lenguaje más simple, influido por los sentimientos religiosos que responden mejor a las exigencias de la Contrarreforma, es la consecuencia de una crisis político-económica que afectó a Europa a mediados del siglo XVI. Los pintores manieristas se entregaron a unas composiciones sin equilibrio formal, descansando en movimientos enfáticos de las formas, coloreándolas sin intenciones tonales unitarias que denunciaban un amaneramiento y una frialdad carente de las grandes ideas del renacimiento, lo que no resultó óbice para que se hicieran obras admirables en esa época.

Juan de Peñalosa fue un discípulo destacado de Pablo de Céspedes; con toda claridad lo demuestra su obra "Asunción de la Virgen", que se conserva en el Museo de Bellas



"Asunción". Óleo de Juan de Peñalosa. Museo de Bellas Artes de Córdoba.

Artes de Córdoba, se trata de un cuadro de grandes dimensiones que está compuesto en dos mitades: la superior dedicada al cielo, centrada con la Santísima Virgen, flanqueada por dos coros de ángeles músicos -combinación similar a la Inmaculada Concepción pintada por El Greco, del Museo Thyssen Bornemisza- de colorido brillante y ambicioso planteamiento, sin embargo acusa algunas desproporciones entre unas y otras figuras, por ejemplo: la imagen de la Señora, de cara bellísima, con profundo sentido espiritual, carece de definición en su postura, le falta esbeltez y elegancia, está resuelta formando



"Santa Bárbara". Óleo de Juan de Peñasola. Santa Iglesia Catedral de Córdoba.

un óvalo, si bien pintada con agradables tonos de color; también las cabezas de los querubines sobre los que se posa son de tamaños muy dispares, en particular la cara del que está en primer plano es mayor que la de la propia Virgen y los ropajes están contruidos en ángulos geométricos excesivamente acusados, siguiendo el estilo de su maestro. La zona inferior o tierra, que aparece bajo la nube que sostiene al cielo, presenta a los apóstoles en actitudes entre piadosas y asombradas, dibujados con gran fuerza, de facciones duras que recuerdan a los de la Santa Cena de Céspedes, pero con exagerada expresividad. En conjunto el cuadro es de gran atractivo por la luminosidad con la que está tratada la parte principal o superior, de un fulgor que domina la obra, en contraste con el sombrío colorido de la inferior, al que parece haber querido acentuar la tristeza de los personajes bajo el oscuro gris de la nube que eleva a los cielos y les arrebatata a su Reina. Contraste de alegría y patetismo, composición típicamente manierista, de hondo misticismo que se aleja de la realidad de la formas, hay cierto paralelismo con el estilo compositivo de El Greco en sus cuadros la Asunción, el Martirio de San Mauricio, el Entierro del Conde de Orgaz o la Alegría de la Santa Liga, en los que hay una zona superior con una visión del cielo y otra inferior poblada de personas.

En la trayectoria de todo artista se encuentran procesos que van alterando sus conceptos, con los cuales va configurando su propio estilo, perfeccionándolo a medida que sus conocimientos se van enriqueciendo con la experiencia y buscando una belleza nueva con la que perfeccionar su lenguaje estético; así creemos entender que le sucedió a Juan de Peñalosa, cuando pintaba a su "Santa Bárbara" que está en su altar de la Catedral de Córdoba. En esta obra se han suavizado las aristas duras de su cuadro antes comentado, la composición es de una gran elegancia, la santa, de tamaño natural, presenta una gran belleza en su faz y en su porte, se encuentra de pie, apoyada su mano izquierda en una alta palma símbolo de su martirio, en tanto su diestra sostiene un amplio manto de lujo asiático y llamativas vueltas que pende de una rica fíbula sobre su hombro derecho, cae por el pecho hasta descansar en el brazo izquierdo, rodea su espalda y vuelve a salir por su lado derecho sosteniéndolo con mano delicada, lleva una vistosa clámide con ostentosos remates en hombros y cenefa, que le llega a la altura de las rodillas, dejando ver larga túnica regia de galas fajas de color. Al fondo hay un fastuoso palacio enmarcado en el lado derecho del cuadro que denota la alta alcurnia de la santa de Egipto, que según la tradición fue muerta por su padre al no conseguir que abjurara de su fe cristiana.

Peñalosa debió de concebir esta obra recreándose en presentar a la santa rodeada del ambiente que le correspondía a su origen noble, serenidad y dulzura en su expresión, suntuosidad en los vestidos y tocado, porte majestuoso al empuñar la palma del martirio con la firme decisión de aceptarlo sin temor. En resumen, una obra de gamas armoniosas de color, con una técnica detallista y presencia lujosa, que igual podía servir de frontal de un altar -como es el caso del que se trata- que formar parte de la colección de retratos de antepasados en el salón de un magnífico palacio.

El pintor en esta su última etapa ha dejado atrás sus tendencias geométricas y la rigidez de los trazos, emancipándose del influjo manierista que dominaba su memoria y sin vacilar parece emprende otra dirección que le guía por sendas naturalistas, el tiempo pasa y con él ha quedado la huella que atenazaba sus composiciones; en esta su obra de Santa Bárbara se aprecia una firme decisión por otra escogida gama irisada y una clara resolución como de ala desplegada a emprender el vuelo por otros horizontes.

Pablo de Céspedes, el pintor cordobés más importante del siglo XVI, poseedor de una amplia cultura, supo crear con inteligente magisterio una escuela artística que caló hondo en sus discípulos, tanto Juan de Peñalosa, como Juan Luis Zambrano y Antonio

Mohedano, ávidos de conocimientos encontraron en el racionero de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba el magisterio ideal para desarrollar las decididas vocaciones plásticas que demandaban y el maestro a su vez encontró unos alumnos valiosos a los que pudo moldear a su gusto como blanda arcilla. La reciedumbre y ampulosidad de su manera de dibujar, con firmes trazos, como grabando con un buril las formas, las transfirió a sus discípulos: ¡cuántas de esas imágenes macizas de escorzos atrevidos no recuerdan el rayo de Miguel Angel!, exageradas, sí, pero robustas y pesadas, tal como debió de admirarlas Céspedes en Roma. Igual influencia ejerció en las ambiciosas composiciones, herencia sin duda de sus recuerdos del esplendor de la Capilla Sixtina.

Formas moldeadas con crudeza, como talladas en roca, musculosas cual sarmientos, ropajes de planos geométricos de relevantes aristas, formas de atrevidos escorzos, un mundo imaginario en fin, idealizado, que va de la quietud al movimiento, así lo concebía el racionero de la Catedral y sus alumnos guardaron fidelidad a esas señas de identidad del maestro. Con personalidades distintas, los discípulos demostraron seguirle como mejor podían hacerlo, con sus obras coloreadas con valentía y buen dibujo a la manera de excelentes artistas. En especial, Juan de Peñalosa supo sacar buen provecho a las enseñanzas recibidas, a los artificios aprendidos y a todo lo que daba testimonio de la admiración que sintió por Pablo de Céspedes, y el mejor exponente de este sentimiento es su cuadro de la "Asunción de la Virgen", obra en la que se nota su habilidad en el manejo del dibujo, de agresivas líneas expresionistas, y su lenguaje plástico de ricos colores brillantes bien contrastados, logrando al final de su producción artística conseguir la revelación de un estilo personal de fina sensibilidad, por la fusión de sus primeros pasos de evidente manierismo con un atrayente cambio de signo naturalista.